

¡¡ES LA POLÍTICA, ESTÚPIDOS!!

*Por Quim Brugué i Torroella
Catedrático de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Barcelona
Director del Instituto de Gobierno y Políticas Públicas*

DEL DESCRÉDITO A LA RECUPERACIÓN DE LA POLÍTICA: UNA TESIS IMPOPULAR

Este texto pretende expresar algunas ideas y preocupaciones alrededor de término política. Aunque intentaré evitarlo, como profesor de ciencia política, la tentación de caer en disertaciones académicas es constante. Sin embargo, sin negarme a reconocer la mochila teórica que todos llevamos a la espalda, especialmente los profesores del ramo, el objetivo de las próximas páginas es ofrecer una reacción personal frente a un término tan usado y manoseado como el de política. Y ofrecerla desde una exposición que no se dirige, al menos en exclusiva, a los colegas de profesión. Se habla de política en las comidas familiares, en los campos de fútbol, en las tertulias, recogiendo a los niños en la escuela o después de mirar una película con los amigos. Puede parecer excesivo, pero querría intervenir modestamente en estos debates.

La voluntad de salir de las aulas y los seminarios no es gratuita. Se trata de un ejercicio que realizo desde la preocupación por el creciente descrédito de la política. Si en cualquier reunión familiar o social alguien quiere conseguir un aplauso fácil, nada más sencillo que una sulfurada proclama contra la política. Si alguien quiere ganarse la simpatía del auditorio, de prácticamente cualquier auditorio, será suficiente con una buena dosis de acusaciones e insultos a los políticos. Si alguien quiere referirse a lo mal funciona cualquier cosa, sólo tiene que invocar la presencia o la ausencia, curiosamente eso es el de menos, de políticas públicas.

De entrada, por lo tanto, fuera de los micrófonos académicos, tengo que reconocer esta preocupación inicial: el descrédito de la política y como éste se extiende y se intensifica. Un descrédito que destruye la política, convirtiéndola en un muñeco de feria donde tiramos todos los dardos de nuestras frustraciones. Un descrédito que puede explicarse por actuaciones concretas, pero que no está justificado como valor absoluto. Es cierto que la política puede mostrarnos su cara más negativa, con usos indebidos del poder que han perjudicado gravemente su imagen. Pero también es cierto que nunca la política había hecho tanto por nosotros como hoy. Nunca nos había proporcionado tantos servicios, se había ocupado tanto de nuestro bienestar y nos había ayudado en tantos ámbitos de nuestra vida.

No todo lo hace bien, es cierto; pero eso no significa que todo lo haga mal. De hecho, encontraríamos de todo, como en cualquier otro campo de la actividad humana. Ésta no es una afirmación académica, sino percepciones y preocupaciones personales. No son constataciones que sirvan para dar lecciones a las aulas, pero sí que me impulsan a intervenir en el debate que se produce fuera de las mismas. Pretendo, pues, sobrevolar el descrédito de la política y mostrar que estamos hablando de una cosa muy importante. De una actividad relevante y que, al menos de entrada, tendría que disfrutar de prestigio y dignidad. Hay que reconocer que esta idea no es demasiado popular y que con ella recogeré pocos aplausos. No importa, estoy convencido tanto de la importancia de la política como de la necesidad de prestigiarla. Sin política no podemos construir nuestras sociedades y sin prestigiarla será incapaz de hacer un buen trabajo.

En la campaña presidencial de Bill Clinton de 1992 hizo fortuna el eslogan electoral “¡es la economía estúpidos!”, que sintetizaba tanto la omnipresencia de la economía como la impotencia de la política. Incluso en el momento político por excelencia, las elecciones, la política declinaba ante la economía. La propia política asumía, así, no ser nada más que un fastidio que hay que apartar de forma expeditiva cuando la importancia del momento lo reclame. Hoy, sin embargo, en plena crisis financiera internacional, los argumentos no son tan nítidos. La economía nos ha mostrado también su estupidez y clamamos para recuperar el control y la dirección (política, ¿no?). Quizás es un

buen momento para dar salida a la venganza, este sentimiento tan bajo pero irrefrenable, y proclamar: “es la política, estúpidos!”. O, si se me permite ir un poco más lejos: “ha sido la falta de política, cretinos!”.

En las próximas páginas intentaré argumentar esta tesis impopular. De entrada, sin embargo, quería señalar dos premisas de partida. En primer lugar, aclarar que, desde mi punto de vista, la política no es ni aquello que hacen los políticos ni aquello que explican los medios de comunicación. De la misma manera que no se puede juzgar una persona sólo por su apariencia física, tampoco podemos valorar la política sólo por las imágenes que proyecta. La política - como las personas tiene una esencia que hay que indagar. Tenemos que preocuparnos por el fondo de la política. Si no lo hacemos así, la política del espectáculo y de la superficialidad triunfará cómo parece que ya está sucediendo sobre la política de los valores y los principios

En segundo lugar, la política, lejos de ser un fastidio, es aquello que usando una definición de Daniel Innerarity nos permite vivir juntos siendo diferentes. La riqueza de nuestras sociedades nace precisamente de su diversidad de las mismas, de la existencia de proyectos y puntos de vista que la mantienen en tensión y la hacen crecer. Las ciudades, los espacios de progreso por excelencia, siempre han sido esto; un enjambre de personas y colectivos diversos, diferentes, indiferentes y enfrentados que llenan el espacio de tensiones creativas. La fuerza de la diversidad y de la diferencia, sin embargo, también es fuente de conflictos y enfrentamientos, los cuales nos pueden llevar hacia la destrucción o la parálisis. Los conflictos serán destructivos cuando no seamos capaces de canalizarlos, mientras que serán constructivos cuando fomenten el intercambio y la aparición de síntesis creativas. La política juega - tendría que jugar este papel: transformar el peligro destructivo de los conflictos en potencial creativo. La política, en otros términos, sería la forma de propiciar una especie de explosión controlada de todas las fuerzas que se esconden en nuestras contradicciones y enfrentamientos.

La política, en definitiva, nace del conflicto y se convierte en una manera civilizada de aprovecharse del mismo. Reconoce la existencia de intereses y posiciones diferentes, pero apuesta por usar el diálogo como mecanismo para

alcanzar respuestas y posiciones de síntesis. Solón, uno de los grandes legisladores del siglo de oro de la democracia ateniense (siglo V aC), definía la política como “eunomía”; es decir, como equilibrio, como la capacidad de buscar la síntesis entre posiciones legítimamente diferentes. La política no sería, por lo tanto, una guerra para declarar ganadores y perdedores sino una conversación para determinar los espacios de intersección en el cual vivir juntos. Ésta es una frase que probablemente convendría recordar a muchos de los protagonistas de la política actual, como también en sus comentaristas y altavoces mediáticos.

A continuación profundizaré en estos argumentos refiriéndome en los tres objetos del descrédito antes mencionado: la política, las políticas y los políticos. Respecto de la política, detallaré algunos aspectos de su naturaleza y, sobre todo, intentaré justificar su centralidad; especialmente en una coyuntura de incertidumbre y desconcierto como la que hoy estamos viviendo. En cuanto a las políticas, destacaré su relevancia a la hora, precisamente, de dar respuesta a las dificultades e incertidumbres que estamos acumulando. A menudo son vistas como fuente de problemas, mientras que subrayaré que más bien se trata de soluciones. Finalmente, me referiré a los políticos. Los políticos personifican todo el desprestigio y el descrédito de la política, convirtiéndose en objeto de todo tipo de prejuicios y acusaciones. Seguro de que hay políticos muy malos también entre los mecánicos y los profesores universitarios hay ejemplos de incompetencia y de abuso de su posición, pero también tenemos que tener claro que son los principales protagonistas de la política y que, obviamente, con políticos desprestigiados sólo podemos esperar una política desprestigiada. Recuperar los políticos, las políticas y la política son tareas que se encuentran inevitablemente entrelazadas.

LA CENTRALIDAD DE LA POLÍTICA: ¿"LA SELVA POLÍTICA" O "DE LA SELVA A LA POLÍTICA"?

Las dos premisas expuestas en el apartado anterior nos sirven para definir una determinada forma de entender la política. La política, sugeríamos, no es la imagen que a menudo se proyecta de ella sino aquello que nos permite convivir

en la diferencia. Hay quien objetará que la política, a la hora de la verdad, es afán de protagonismo, lucha por el cargo o manipulación de intereses en beneficio propio. No soy tan ingenuo para considerar que todo eso está fuera de la actividad política, aunque sigo afirmando que eso no es la política. El deporte representa el espíritu del esfuerzo, de la superación personal y del trabajo en equipo en el marco de una competencia leal y respetuosa. ¿Quiere decir eso que no hay corrupción, intereses y engaños? Evidentemente que no. ¿Preferimos decir, pues, que el deporte es corrupción, intereses y engaños? Pues tampoco. Lo mismo sucede con la política: puede verse involucrada en actuaciones perversas, efectivamente, pero eso no la definen.

Seguramente Maquiavelo no estaría demasiado de acuerdo con mis argumentos. Para el primer representante de lo que se ha llamado un enfoque realista a la política, no hay que perder el tiempo fijándonos en aquello que tendría que ser la política. Tenemos que concentrarnos en aquello que hace. Miramos a la política y constatamos que hay manipulación y engaño; pues no hace falta darle más vueltas diría Maquiavelo, eso es la política: manipulación y engaño. No es necesario buscar ninguna esencia, pues basta con interpretar – con leeraquello que es observable.

Las personas, sin embargo, hemos desarrollado una capacidad especial que nos permite pensar no sólo en aquello que es sino también en aquello que querríamos que fuera. No sólo podemos observar nuestro mundo, sino también imaginar un mundo que desearíamos. A menudo lo hacemos a través de aquello que la filosofía llama ficciones o que la economía definen como las premisas de partida. Los economistas siempre empiezan con un "si el mercado fuera perfecto..." y, a partir de aquí, toda una arquitectura conceptual se alza sobre unos pilares que todos sabemos son algo más que frágiles. El pensamiento político es, de hecho, un debate entorno a ficciones de este tipo. Así, por ejemplo, nos encontramos con las ficciones de la libertad individual o de la igualdad entre las personas. No es cierto, los hombres no somos ni libres ni iguales; pero las ficciones de la libertad y la igualdad nos ayudan a imaginar cómo querríamos que fuera nuestro mundo y, al mismo tiempo, se convierten en el punto de referencia tanto para su comprensión (de presente) como para su construcción (de futuro).

La política como nos enseña el maestro Maquiavelose mueve en el barro de la realidad, es cierto; pero también se distingue para ser un instrumento que nos permite volar hacia otras dimensiones, hacia las ficciones de aquello que no observamos pero que deseamos. La política se manifiesta en realidades cotidianas e inmediatas, pero es más que eso. La política es imaginación. Es capacidad para pensar aquello que no existe pero que nos gustaría. La política es una actividad que consiste en no aceptar que la realidad nos viene dada, que las cosas son como son. Por eso la posición de Maquiavelo, a pesar de ser la mejor para reflejar la realidad concreta y observable de la política, me parece demasiado pobre. No permite ver aquello que tiene de distintivo la política y que, desde mi punto de vista, no es otra cosa que su vocación de ir más allá de la realidad, de imaginar escenarios inexistentes pero con capacidad de impulsar proyectos de futuro.

Hemos situado, pues, la imaginación como rasgo distintivo de la política. Esta imaginación, sin embargo, desde mi punto de vista, tiene que satisfacer una segunda característica: tiene que ser imaginación colectiva. No estamos hablando de proyectos personales sino colectivos. No se trata de pensar que queremos hacer con nuestra carrera profesional, sino de imaginar qué comunidad queremos construir entre todos. La política cómo nos recordaba Barberse escribe siempre en plural. Él lo expresaba con una frase extraordinaria:

"El autor del lenguaje, el pensamiento, la filosofía, la ciencia y el arte, además de la ley, los pactos, los derechos individuales, la autoridad y la libertad no es el hombre sino los hombres."

Los antiguos griegos también lo sabían. Por eso cuando hablaban de política no sólo usaban el ya mencionado concepto de "eunomía" sino también el de "areté". Areté es un término que se utiliza para referirse tanto a las virtudes individuales como comunitarias de las personas. Es decir, se considera que las personas tienen las capacidades de comprensión y juicio necesarias para participar de la cosa pública y, al mismo tiempo, tanto o más importante, el compromiso de hacerlo. La areté es aquella virtud que nos permite pensar en plural, pasar de aquello que me interesa a mí a aquello en que nos interesa a

nosotros. Una virtud imprescindible para una política entendida como imaginación colectiva.

Por otra parte, cuando la imaginación tiene que ser colectiva reclama que existan espacios públicos la antigua ágora donde los ciudadanos se encuentren, se identifiquen los unos con los otros y se pongan a hablar para resolver sus conflictos del presente y construir sus apuestas para el futuro. Por eso las ciudades, en tanto que espacios de proximidad y encuentro, expresan no sólo la riqueza de la nuestra sociedad sino también su capacidad para usarla. Pasqual Maragall, en sus recientes Memorias, nos recuerda que "la naturaleza es aquello que nos han dado, la ciudad es aquello que hemos "hecho". Éste hacer colectivo que tiene en la ciudad un espacio privilegiado es, desde mi perspectiva, la esencia de la política.

No todo el mundo, claro está, estaría de acuerdo con estas posiciones. De hecho, defender la política como imaginación colectiva no está demasiado de moda: parece que preferimos las realidades inmediatas y las apuestas individuales. Esta preferencia suele presentarse como una manifestación de la confianza en la sociedad civil y en el empuje de las personas emprendedoras. Es obvio que tenemos que creer en las personas, pero no está tan claro que eso se tenga que traducirse inmediatamente en desconfianza hacia la política. A menudo nos encontramos con fervorosos defensor de los individuos que, a la vez, les niegan la capacidad de vivir juntos. Creen en su empuje, pero consideran imposible que puedan llegar a discutir y pensar juntas sobre aquello que querrían fuera su mundo.

Hoy, además, en un mundo globalizado y acelerado, la política se encuentra cada vez más desbordada e impotente. Arrinconada por la supremacía de la economía y presionada por el empuje de un creciente y radical individualismo. La política, en este contexto, ya no es concebida como imaginación colectiva, sino que se nos muestra como una serie de monólogos individuales. Las personas ni se interesan por la dimensión pública que inevitablemente define la política ni se preocupan de construir comunidades. Sólo se ocupan de sus biografías, sin preocuparse por un entorno al que simplemente se adaptan o, si pueden, se aprovechan. Sin proyecto colectivo, la convivencia con los otros es

percibida como una pérdida de tiempo. No nos interesa hablar civilizadamente para dar salida a nuestros eventuales desacuerdos, sino que preferimos perseguir a solas nuestras ambiciones. El “*homus economicus*” se impone y su victoria arrasa la política o, mejor, entroniza una política que se define, paradójicamente, para no creer en ella misma.

Este era precisamente el mensaje de Margaret Thatcher cuando pronunció una de sus frases más celebradas: “¿Sociedad? ¡No existe tal cosa!”. La dama de hierro no sólo negaba explícitamente a la sociedad sino que implícitamente definía una política caracterizada por negarse, por sentir vergüenza de ella misma. Una política que se vanagloriaba de dejar en paz a los nuevos ciudadanos; permitiendo que éstos se ocuparan de sus propios asuntos sin detenerse a pensar en las siempre molestas consideraciones colectivas. Un pensador como Oakeshott nos recuerda que todo el mundo tiene el derecho de perseguir sus sueños personales y que, este mismo derecho, sirve para negar a los gobernantes la capacidad de soñar por cuenta nuestra. El riesgo de hacerlo es imponerse (ilegítimamente) sobre los sueños individuales. La política, de esta manera, no sólo no es imaginación colectiva sino que, cuando lo pretende, se convierte en tiranía.

Sin sociedad y sin política, sólo restan los hombres solitarios que propugna el individualismo radical. Unos solitarios que tienen que concentrarse en ellos mismos, dedicarse a sus propias ambiciones y no malgastar energías en proyectos compartidos. La realidad humana, tal como sentenció Robert Nozick, un individualista convencido, se define "a través del hecho de nuestras existencias separadas: podemos aprender a vivir juntos, pero siempre estaremos separados."

Sin embargo, ¿podemos vivir así? ¿Podemos prescindir de la política y, simplemente, dedicarnos a nuestros asuntos? Ante la apariencia de libertad que ensalzarían los liberales radicales, la ausencia de política y, por lo tanto, de proyectos colectivos, nos entrega en un escenario donde se combina la soledad y el miedo. Las preocupaciones privadas están en el centro, pero en torno a este reinado individual se genera una densa periferia de temores, de miedos ante un mundo que suele superar las fuerzas de cada uno de nosotros.

El individualismo reivindica la centralidad de las personas individuales, pero, simultáneamente, las convierte en David y las obliga a enfrentarse con Goliat. Es lógico que tengamos miedo tal como ya observó Thomas Hobbes en el siglo XVII:

"En estas situaciones aparece (...) un miedo persistente que amenaza de muerte violenta; y la vida del hombre es solitaria, pobre, triste, brutal y corta".

Las magistrales palabras de Hobbes condensan la paradoja de la modernidad, el abismo al cual se nos lanza cuando la libertad individual se coloca en la cúspide. El individualismo nos convierte en los reyes de la creación, pero también nos transforma a todos en enemigos que luchamos con ferocidad por cada palmo de nuestra parcela de libertad. No sólo somos bestias solitarias, sino también salvajes y agresivas; dispuestas a mordernos a la mínima oportunidad. La política se convierte en aquello que Benjamin Barber definía como "zookeeping"; un conjunto de jaulas que nos garantizan la existencia impidiendo que nos relacionamos. Nadie como un poeta, Carl Sandburg, ha expresado con tanta claridad las consecuencias de un individualismo radical que niega tanto a la sociedad como a la política:

*"Sal de mi propiedad
¿Por qué?
Porque es mía
¿Dónde la adquiriste?
Mi padre me la legó
Y él, ¿de dónde la obtuvo?
De su padre
Bien, ¿y él?
Luchó por ella.
Pues entonces, lucharé contigo por ella.*

A menudo nos referimos a la política como una selva, pero es al revés: vivir sin política es vivir en la selva (... entonces, lucharé contigo...). El sociólogo alemán Ulrich Beck se ha referido a esta situación de temor individualizado, sin protección política posible, como la "sociedad del riesgo". Un mundo donde impera una sensación de inseguridad parecida a aquélla que experimentarían

los pasajeros de un avión cuando, de repente, se dan cuenta que la cabina del piloto está vacía. Se trata de un miedo que mezcla sus raíces provenientes del individualismo liberal con la creciente complejidad e incertidumbre de un mundo globalizado. Vivimos de forma planetaria, desplazándonos de aeropuerto en aeropuerto y, entonces, nos damos cuenta de que no hay piloto, de que hemos perdido el control y, lo que es peor, de que nadie se hace responsable. Se genera así un miedo difuso líquido, usando la terminología de Bauman que nos impregna.

Este es el mundo sin política. La inseguridad y el temor son permanentemente alimentados no por la política sino por su ausencia. La política del día a día puede ser muy agresiva, pero ésta no es una selva de verdad. La verdadera selva aparece cuando desaparece la política, y si yo no os parezco lo bastante convincente lo podéis preguntar a las personas indefensas y atemorizadas que viven en Somalia, en Afganistán o en determinadas zonas de Colombia.

El problema actual, al menos uno de los muchos que tenemos, es que en lugar de compadecernos por la falta de política nos dedicamos a acusarla. Ante el miedo reaccionan a gritos, reclamando con malas maneras que la política nos lo solucione todo. Curiosamente, después de pedirle la luna nos dedicamos a proclamar todos sus defectos, a reivindicar su necesaria desaparición y a desacreditarla permanentemente. ¿En qué quedamos? ¿La política tiene que arreglarlo todo o tiene que desaparecer? Parecería que las dos cosas son incompatibles, aunque habrá quien defiende que desapareciendo contribuye a arreglar los problemas. Quizás sí, pero entonces continúa pareciéndome bastante absurdo persistir en pedirle más y más. Para poner un ejemplo, siempre me ha parecido curioso como nos negamos a aceptar que el Estado regule la actividad económica y recaude determinados impuestos, a la vez que reivindicamos incluso con niveles de excitación notables que construya infraestructuras, otorgue subvenciones, impulse proyectos promocionales, dé ayudas a los emprendedores y, cuando todo acaba fallando, despliegue planes de rescate. De nuevo, ¿en qué quedamos?

Al iniciar este ensayo afirmaba que quería dirigirme a una audiencia no académica, aunque temo haber acabado por elaborar un discurso demasiado denso. Dejádme, pues, para compensar, finalizar este apartado con algunas frases de síntesis: más claras aunque quizás demasiados contundentes. De entrada recordar que asumiendo ciertas dosis de ingenuidaddefiendo la política. Las razones que he usado para esta tarea ardua y poco popular pueden resumirse en dos: (1) creo en la política porque significa imaginar proyectos de futuro y sin proyectos de futuro no vamos a ningún sitio, y (2) creo en la política porque confío con la capacidad de la colectividad y considero que solos no somos nadie. He definido la política como imaginación colectiva; es decir, como la capacidad de imaginar un proyecto y de hacerlo con los otros. Fuera de la política sólo está la selva, aunque para algunos para los más fuertesla selva puede ser un lugar muy confortable.

LA IMPORTANCIA DE LAS POLÍTICAS: DEL CIELO AL LODAZAL

La política, en tanto que imaginación colectiva, va más allá del día a día, de sus urgencias y de sus límites. En esta esfera, al menos en teoría, puede demostrar su grandeza y altura de miras, presentarse como defensora de principios y valores. Pero la política no es sólo eso, no es sólo imaginación. También es acción. Tiene que tomar decisiones y llevarlas a la práctica, y aquí, probablemente, reside buena parte de su desgracia. Cuando se toma una decisión, siempre se podía haber tomado otra; y cuando se actúa, siempre se corre el peligro de que alguna cosa salga mal o, como mínimo, de que haya efectos no previstos. La política, por lo tanto, como ya habíamos mencionado, no sólo está imaginando mundos mejores sino que también está en un lodazal del todo terrenal. La imaginación política puede volar muy alto, pero aterriza cuando hablamos de políticas públicas.

Las políticas públicas son las acciones de la política y, por lo tanto, representan el punto de encuentro entre los sueños y la realidad, entre los valores y el pragmatismo. Un encuentro, como puede anticiparse, lleno de tensiones y contradicciones. La política exige equilibrio la eunomía de Solóny eso puede ser comprensible en el terreno de los discursos. Pero este equilibrio, cuándo lo

trasladamos a la práctica, a las políticas, se nos presenta como algo más problemático. Puede dejar de ser una posición de sabiduría política cómo pensaban los legisladores de la Grecia clásica y convertirse en un fracaso, en la incapacidad para satisfacer todas y cada una de las expectativas, de las demandas que le exigimos a la política. Aquél que antes buscaba noblemente el equilibrio, ahora se dedica mezquinamente a hacer equilibrios.

Recuerdo un debate televisivo de estos tan populares que se celebran por las mañanas donde intervine para comentar la elevada abstención a las últimas elecciones. El conductor del programa, ya antes de entrar en antena, nos dejó claro cuál era el diagnóstico: "¡los políticos tienen la culpa!", sentenció. Y para defender esta posición hablaría, en primer lugar, un abstencionista con el cual repasó la lección mientras esperábamos para empezar el programa. El argumento, le recordaba el conductor del programa, era claro y contundente: "he sido un hombre de izquierdas de toda la vida, quedé sin trabajo y, a pesar de mi insistencia, el consejero de trabajo ni me ha recibido ni me ha resuelto el problema; de manera que, ante este abandono por parte de mis representantes, he decidido no votar nunca más". Acto seguido, el responsable del programa convertido en el héroe que defiende a los indefensos ciudadanos de los malvados políticos remachó el clavo proclamando la lejanía de los políticos y su indiferencia ante los problemas de la gente corriente. Ellos, los de los programas, sí que se preocupaban y, para demostrarlo, pasaron un vídeo de 30 segundos donde hacían cuatro preguntas a personas encontradas en la calle.

De entrada quedé de piedra, mientras que cuando fui digiriéndolo me dominó cierta indignación. Había asistido, en directo, a un acto demagógico de desprestigio de la política. Un mensaje que llegaba a mucha gente y que desacreditaba la política a partir de una idea tan simple como falsa y malintencionada: "la política no nos sirve porque no nos lo arregla todo, porque no nos dice siempre que sí". La noción de equilibrio quedaba hecha añicos y se imponía uno blanco o negro: o me recibe el consejero o no voto, o me dan trabajo o no se interesan por mis problemas.

Aparte de la anécdota, estamos introduciendo un punto crucial para entender la tensión que acumulan las políticas públicas. Aquella tensión que deriva de considerar las políticas públicas "como respuestas": pido algo y espero un retorno, sin más, por eso pago a mis impuestos. La política, argumentaría nuestro "demagogo mediático", no funciona porque está demasiado lejos de los ciudadanos, no escucha lo bastante bien sus demandas y, en consecuencia, no los responde con aquello que de verdad quieren y necesitan. Pero esta versión, por popular que sea, nos conduce a un callejón sin salida. Deja a la política sin posibilidad de equilibrio y, por lo tanto, la convierte en una imposible carta a los reyes magos. Y los políticos, por mucho que insistimos, no son los reyes magos.

La política, lejos de ser una simple respuesta, es capacidad de síntesis, de buscar el punto de equilibrio entre demandas y recursos, entre aquello que quieren los unos y aquello que quieren los otros, entre aquello que nos gustaría hacer y aquello que podemos hacer. Las políticas públicas no se elaboran a partir de estudios de mercado, sino valorando las necesidades y los intereses de la colectividad. A menudo el problema de la política no es la lejanía sino el exceso de proximidad: pensar que la única misión es satisfacer deseos particulares y generar satisfacciones personales. Daniel Innerarity, un filósofo que trabaja sobre el sentido y las posibilidades de la política actual, defiende esta idea; advirtiéndonos de la necesidad de superar la idea simplista de la "representación por similitud" y de recuperar aquella noción que define la política como "síntesis democrática de la diversidad". Las políticas no tienen que identificarse con nadie en concreto, no pueden limitarse a estar al lado del pueblo y hacer aquello que el pueblo pide. Las políticas responden a demandas contradictorias y a intereses divergentes y, por lo tanto, reclaman mediación y síntesis. Tienen que reconocer la diversidad y el conflicto para poder canalizarlo hacia la construcción de un proyecto colectivo.

Esta tensión entre "respuesta" y "síntesis" es una auténtica tortura para las políticas públicas. Unas políticas que se sitúan en el cruce de caminos entre las exigencias de una sociedad crecientemente individualizada (que cada uno se ocupe de él mismo) y los retos de una sociedad que, al mismo tiempo, es cada vez más compleja, diversa y explosiva (y donde, por lo tanto, hace falta que

alguien se ocupe de aquello que es de todos). Las políticas sirven, básicamente, para ocuparse de aquello que es de todos; mientras que esperamos beneficios privados. Esta paradoja es dramática. Es lícito estar preocupado por haber perdido el trabajo, pero tendríamos que entender que las políticas de ocupación se dirigen al trabajo de todos. Es legítimo reclamar atención para nuestros problemas, pero quizás hemos atravesado la línea del sentido común cuando nuestra posición respecto de la política depende de que el consejero, en persona, nos reciba en su despacho.

Hay a quien considera que al preocuparse de todos, las políticas se alejan de las personas concretas. Ésta podría ser una deriva preocupante, ya que los impactos de las políticas públicas no pueden quedarse en la pura abstracción. Tienen que ser tangibles y perceptibles para la gente. Éste es uno de los principales retos de las políticas públicas: demostrar que su orientación colectiva favorece también a los intereses individuales. Aristóteles, el primer científico político, ya se planteaba este interrogante cuando consideraba que el desarrollo de la virtud individual era inseparable del desarrollo de la virtud colectiva. Fuera de la polis, de la comunidad, no se puede desarrollar ni el bienestar ni la moral.

Pero el sabio griego añadía una idea que a menudo olvidamos cuando nos dejamos llevar por las proclamas de nuestros demagogos mediáticos. Una idea que se ha encapsulado en una frase llena de inteligencia: "ciudadano es el que sabe mandar y dejarse mandar". Los que sólo mandan son, en el argot actual, clientes (la soberanía del consumidor); mientras que los que sólo se dejan mandar son, en un argot más tradicional, súbditos (votantes pasivos y domesticados). El ciudadano, en cambio, es aquél que, simultáneamente, puede mandar y dejarse mandar. Aristóteles, con toda su sabiduría, nos recuerda que para garantizar la estabilidad y el progreso hace falta que los individuos sean los protagonistas de las decisiones que manden, pero al mismo tiempo es necesario que entiendan que estas decisiones, aunque no se tomen pensando en ellos en particular, tienen que ser respetadas y obedecidas. Volviendo al lenguaje del siglo XXI, las políticas públicas reclaman legitimidad democrática, pero también ejercicio de autoridad. Las políticas públicas son la expresión más concreta de la soberanía de la ciudadanía, pero también las

acciones que regulan e intervienen de forma obligatoria sobre aquellos ciudadanos que tienen que aceptar ser mandados.

Podemos intentar traducir estas reflexiones en términos más comprensibles pensando, por ejemplo, en las políticas públicas para la gestión de un bien escaso y, al mismo tiempo, crucial para nuestro bienestar y desarrollo: el agua. La política hídrica tiene que expresar los legítimos valores e intereses de una amplia diversidad de actores campesinos, industriales, ecologistas, vecinos, productores de energía, o pescadores y, de no hacerlo, puede ser acusada de no tener en cuenta a la ciudadanía y perder cualquier legitimidad democrática. Los ciudadanos, en términos aristotélicos, son aquéllos que "mandan" y, en consecuencia, sus voces tienen que ser incorporadas en las decisiones sobre qué hacer con los recursos hídricos. Hasta aquí compartiríamos la desazón de nuestro demagogo mediático: hace falta acercarse a la gente, escucharla y responder a sus necesidades.

La desavenencia llegaría a la hora de tomar las decisiones reales, de asumir la responsabilidad ejecutiva del cargo y no limitarnos a las declamaciones en la Asamblea (ahora convertida en plató televisivo). En este segundo momento hay que aceptar que las decisiones no podrán satisfacer la totalidad de las expectativas de todos los actores; los cuales, a pesar de eso, si son ciudadanos, tendrán que saber pasar de "mandar" a "ser mandados". El interés colectivo tiene que actuar con ejercicio de autoridad sobre el legítimo interés particular.

Las políticas públicas, por lo tanto, representan esta dualidad. Quieren dar respuesta a los intereses particulares, pero lo tienen que hacer desde la defensa del interés colectivo. Uno podría pensar que el resultado es la imposibilidad de satisfacer las demandas concretas o la disminución del bienestar individual, ya que al preocuparse por el todo perdemos capacidad de solucionar aquello concreto. Éste es, de hecho, un argumento liberal que se ha usado con insistencia los últimos tiempos. En unos tiempos donde, de todas maneras, los argumentos liberales clásicos han sido sustituidos por proclamas que Claudio Magris califica como "liberaloides".

En cualquier caso, la duda radica en la posibilidad de articular positivamente el interés individual con el colectivo, la legitimidad democrática con el ejercicio de la autoridad. Podemos ilustrarlo volviendo al ejemplo hídrico. Desde el reduccionismo de una política entendida como respuesta, la política de agua nunca puede satisfacer las demandas de todas las partes y, por lo tanto, siempre puede ser acusada de déficit democrático. Los conductores de programas siempre podrán encontrar a alguien que no ha visto cómo se solucionaban sus problemas. Y además, será verdad. Pero si damos la vuelta a este planteamiento, también es cierto que una política de agua que deja 100% contento a algunos de los actores es una política que habrá marginado las demandas y los puntos de vista de los otros. Una política que podrá ser acusada de clientelista o, si se prefiere, de haber optado por una de las partes: los ganadores frente a los vencidos. Los campesinos están satisfechos, mientras que los ambientalistas han sido los grandes derrotados. O los ambientalistas han ganado, sin tomar en consideración los argumentos de los industriales.

Esta política como respuesta es clientelista, pero también es ineficiente a la hora de defender los intereses tanto de las partes como del todo. Es obvio que los campesinos quieren el agua para regar, aunque eso comporte alguna dificultad para el mantenimiento de los ecosistemas. Pero también es cierto que buena parte de las garantías de acceso al recurso hídrico dependen de la capacidad para mantener vivos estos ecosistemas, lo cual exige cómo reclaman a los ecologistas defender determinados caudales de mantenimiento. Es cierto que los ambientalistas están muy preocupados por la flora y la fauna acuática, que puede verse amenazada por la presión de nuevos asentamientos. Pero también es cierto que en torno al agua y su consumo se han creado identidades culturales y tradiciones que garantizan el respeto y el mantenimiento del recurso. Los intereses particulares, expresándolo con otros términos, a menudo sufren de cierta miopía, mientras que las visiones colectivas pueden estar ofreciéndonos los lentes para ver más allá de nuestras narices. En estos casos, que se dan muy a menudo, los intereses particulares y los colectivos no restan, sino que suman.

Hemos iniciado este apartado haciendo referencia a las políticas públicas como el lodazal de la política. Ya no hablamos de los ideales hídricos, sino de los conflictos en torno a un recurso escaso. Las políticas concretas y específicas nos obligan a tomar decisiones y a actuar. Nos hacen bajar del cielo, aunque, finalmente, necesitamos del barro para construir nuestros ideales.

LOS POLÍTICOS: ENTRE LA TRAGEDIA Y EL DESCRÉDITO

Si las políticas públicas son el lodazal de la política, los políticos personifican las contradicciones que se derivan de esta situación. Los políticos encarnan las dificultades de mantener la cabeza en las nubes, mientras sus pies se encuentran atrapados en el barro. Se les pide visión de futuro y valores; pero también se les exige que gestionen el presente con eficacia y pragmatismo. Recuperando el ejemplo del apartado anterior, tienen que poder explicar aquello que guía e inspira su política de agua, sin por eso dejar de solucionar los problemas cotidianos de sus diversos usuarios.

Para hablar del (complejo) papel de los políticos es probable que nadie discuta la importancia de la aportación seminal de Max Weber en su famoso ensayo “La Política como Profesión”. Como es conocido, Max Weber nos propone distinguir dos maneras de entender y explicar el comportamiento de los políticos: la ética como convicción y la ética como responsabilidad. La primera insta a los políticos a mantenerse fieles a sus principios y valores, sin dejarse impresionar por las consecuencias que eso pueda comportar. La segunda, en cambio, les reclama que no sólo no piensen en la pureza de sus valores sino, también, en las consecuencias de sus actos. La ética de la responsabilidad exige altura de miras y perspectiva de futuro, pero puede generar fanatismo e, incluso, cierto nihilismo. La ética de la convicción se preocupa por el presente y por la realidad más inmediata, pero puede derivar en un exceso de pragmatismo.

¿Cuál de ambas éticas tiene que guiar el comportamiento de nuestros políticos? Ésta ha sido una pregunta recurrente en el pensamiento político, pero nadie ha podido aportar una respuesta convincente. Parecería que los

políticos tienen que guiarse por valores y principios y que, en consecuencia, aquello fundamental es su capacidad para mantener a la cabeza en las nubes. Es frecuente escuchar críticas a la clase política por haber perdido las referencias y no ser capaces de mantener sus principios. "No saben dónde van o, en un lenguaje más mediático, les falta relato" son acusaciones que han proliferado los últimos años. En un mundo cada vez más incierto y complejo, se añade, esta falta de guía se convierte en un grave déficit. Los políticos tendrían que ser los maquinistas del tren y resulta de que, en el mejor de los casos, se dedican a hacer de revisores. Y mientras, ¿quién conduce?

Las quejas ante la falta de capacidad de conducción de liderazgo son, sin embargo, las únicas que dirigimos a la llamada clase política. Cambiando de registro, es frecuente criticar a los políticos de limitarse a hacer brindis al sol sin aterrizar en las preocupaciones cotidianas, de hacer discursos redondos sin pasearse por las calles donde de verdad pasan las cosas. Quizás les reclamamos valores, pero al mismo tiempo nos indignamos cuando no saben decirnos con precisión el precio de un café o de un ticket para coger el metro. Antes los queríamos con la cabeza en las nubes, ahora les exigimos que se ensucien de barro hasta las rodillas. Parafraseando a Claudio Magris, los políticos no se tendrían que preocupar tanto de salvar aquello que de imaculado tiene su alma como de salvar al mundo y a su gente.

La respuesta sobre si es mejor poner el acento en la ética de la convicción o en la ética de la responsabilidad continúa, pues, sin respuesta. Queremos las dos cosas, pero no somos capaces de evitar las contradicciones que esto genera. Los políticos no pueden optar, están condenados a operar en una trágica contradicción. El adjetivo trágico puede parecer excesivo, pero lo usamos a conciencia. A los griegos clásicos se los suele asociar al descubrimiento de la democracia, pero su aportación fue incluso más crucial: descubrieron la política. Descubrieron que los conflictos terrenales podían abordarse sin invocar los designios divinos y sin enfrentamientos en el campo de batalla. Descubrieron que los hombres podían dirimir sus propios conflictos a través de una actuación humana. La llamada ilustración ateniense elevó al hombre y le concedió poderes hasta aquel momento reservados a los Dioses.

Simultáneamente al nacimiento de la política, aparecía la tragedia como referente literario de la época. No se trata cómo ya analizó brillantemente Nietzsche de una coincidencia. La humanización de los problemas ensalza a los hombres, pero también los sitúa ante sus propios límites y ante los dilemas irresolubles de la existencia. En las tragedias clásicas, como también en las obras de Shakespeare, se nos muestra como el pluralismo de valores los conflictos éticos presiden permanentemente las decisiones y las actuaciones políticas. Los valores de los diferentes personajes son, todos ellos, legítimos y valiosos; a pesar de las trágicas contradicciones que generan en la práctica. Las decisiones políticas como nos muestra el trágico destino tanto Antígona como de su hermano Creonte tienen que pagar precios morales y prácticos muy elevados, incluso cuando se basan en principios sólidos y en posiciones honestas.

El político está, así, destinado a la tragedia. La tragedia asociada a un inevitable pluralismo de valores entre los cuales tiene que escoger. Y la tragedia de combinar sus convicciones con sus responsabilidades. Por eso tiene tanto sentido que el patrón de los políticos sea Tomás Moro. No sólo por su Utopía, sino sobre todo por su trágico final. El patrón de los políticos no es alguien que acabara sus días aprovechándose de los beneficios del cargo, sino aquél que fue ejecutado por defender sus principios en el conflicto entre su sólida lealtad al rey y los dictados de su conciencia. Colocó su decisión en las nubes, pero el barro lo arrastró hasta el sacrificio.

Hoy nuestros políticos no suelen acabar tan mal como Creonte o como su patrón, Tomás Moro; pero eso no quiere decir que eviten una existencia trágica. Una tragedia que es el resultado de combinar expectativas cada vez más desmesuradas con capacidades crecientemente limitadas. A nuestros políticos y nos equivocamos al hacerlos hemos convertido en una especie de superhéroes que tienen que salvarnos en todos de todo, aunque no disponen ni de una triste capa para volar de un problema en otro. Y nuestros políticos y ahora son ellos los que se equivocan han creído que son superhéroes y, con absurda frivolidad, van por el mundo prometiendo que harán cosas imposibles.

Hemos acuñado el término “clase política” con un tono crítico para mostrar cómo estos superhéroes son, de hecho, unos farsantes que sólo se preocupan de ellos mismos. ¿Es eso verdad? ¿Son nuestros políticos unos irresponsables que se pasean con sus capas ignorando todo lo que sucede a su alrededor? Es muy difícil dar una respuesta empírica a estos interrogantes; aunque, personalmente, sospecho que pasará como en todos los gremios, que hay un poco de todo. Lo que sí nos dicen los datos recogidos a través de múltiples encuestas es que los ciudadanos los ven, efectivamente, y cada vez más, como unas irresponsables. La clase política con razón o sin, ya hemos dicho que eso es difícil de averiguar obtiene calificativos y valoraciones cada vez más negativos. Los políticos sufren un creciente descrédito, y la profesión política está cada vez más desprestigiada. Yo he pasado una época con ciertas responsabilidades políticas y a menudo, medio en broma medio serio, explico que intenté responder a mis hijos cuándo me preguntaban de qué trabajaba que hacía de político, y que eso era muy digno. Finalmente, mis hijos ya esperaban con cierta ansiedad mi vuelta en la Universidad y poder decir que su padre trabajaba profesor. Parece que cuando explicaban que su padre era político se los miraban con pena: pobres chicos, qué padre los ha tocado.

Tenemos que entender y gestionar la tragedia de la actividad política, pero creo que tenemos que ser beligerantes a la hora de defender su dignidad, de prestigiarla. Es cierto que no todos los políticos se merecen este prestigio, pero es imprescindible para la profesión política. Y todavía más importante, la profesión política es imprescindible para nuestra convivencia y progreso. Necesitamos políticos porque, como habíamos argumentado anteriormente, necesitamos de la política y de las políticas. También necesitamos buenos políticos, obviamente, pero no encontraremos si continuamos desacreditándolos de manera permanente y abusiva. ¿Quién querrá dedicarse a hacer de político cuando no paramos de asociar la imagen de ladrones, incompetentes, aprovechados y cínicos? Pues la respuesta es muy simple: sólo aquéllos que son unos ladrones, unos incompetentes, unos aprovechados y unos cínicos. O que aspiran a serlo.

La profesión política es imprescindible y, además, su ejercicio tiene importantes consecuencias sobre todos y cada uno de nosotros. Necesitamos, pues, que los mejores se dediquen a esta tarea. Tenemos que lograr que se dediquen a la política los más nobles, los más competentes y los más preparados. Pero eso no lo conseguiremos desde el descrédito permanente. No son superhéroes, pero tampoco los malos de la película. Su posición es difícil y, por lo tanto, tenemos que saber combinar de manera sabia la necesaria exigencia con un mínimo de confianza en su tarea. La alternativa es, aunque sea figuradamente, matar primero a los políticos, después la política y, finalmente, nuestra capacidad para vivir juntos. Sería muy triste.